BUSCAR EL ROSTRO DEL SEÑOR

-P.Prisciliano Herenández Chávez, CORC.

Las diversas religiones muestran un camino para encontrarse con Dios; todas tienen algo en común, más allá de los ritos, las oraciones y las concepciones teológicas. Según el grado de comprensión y de vivencia del iniciador de la religión, así será el grado de acentuación, -más allá de la existencia, los que serían propiamente sus atributos. Quien recalcará la omnipotencia, quien la invisibilidad, quien la unicidad divina, quien la omnipresencia. Aunque se es un camino recorrido durante siglos y diversos devotos, también tendrán su unidad y su diferencia. La filosofía de las religiones, nos permite ubicar lo esencial de todas ellas. Mircea Elíade,-en Lo Sagrado y Lo Profano, nos permite conocer los elementos de lo sagrado: la ruptura del nivel ontológico y la realidad por excelencia. Ahí se da la paradoja entre lo sagrado y lo profano; será el mismo objeto, pero distinto en la consideración. Ha sido profano y deja de serlo porque entra a otro nivel. Esto es a partir de las realidades hierofánicas, hace que representen una realidad distinta, adquieren una tonalidad distinta de superioridad, sean objetos, espacios, tiempos. Lo profano es caducidad, lo sagrado permite superar la contingencialidad. Al respecto Mircea Elíade señala que la sed de lo sagrado no es otra cosa que la manifestacíon de la nostalgia del ser que padece el hombre. Por otra parte en el camino de Jesús, ya no es el hombre que busca a Dios propiamente, sino Dios que sale al encuentro del hombre; la acentuación central será su encarnación, su vida, su pasión, su muerte y resurrección. Dios- Hijo llegado a ser hombre en el tiempo, para siendo plenamente humano, nos haga plenamente divinos. Dentro de esta dinámica, Rahner en su obra el “Oyente de la Palabra”, nos orienta con una visión digna de ser considerada: el hombre está abierto esencial y constitutiovamente a la palabra que Dios pueda dirigirle en su existencia histórica; Dios muestra la luminosidad y transparencia de su ser; Dios se hace presente al hombre en su apertura a la realidad.Entonces el hombre es capaz de ese diálogo iniciado por Dios en la Historia de la Salvación,-la vocación de Abraham (cf Gén 12,1-4ª), hasta la culminación de la encarnción de su Palabra, que es su Hijo a quien hay que escucharlo (Mt 17,1-9), más allá del escándalo de la pasión y de la Cruz. Es su Hijo, su Palabra elocuente de su amor y de su diálogo interpersonal con nosotros, a nivel de Iglesia,-la Liturgia, y a nivel personal, la oración de escucha y contemplación: “tu Rostro buscaré, Señor”(cf Sal 26,8-9).